

ct

El gato enterrado

de
Darío Paso-Jardiel

(fragmento)

ACTO I

Escena 1

(Las acotaciones son, simplemente, sugerencias. Esbozos de la imaginación del autor).

Un escenario vacío. Muchas cajas de cartón y objetos reciclados de la basura desperdigados sin orden ni sentido. Todo está muy pobremente iluminado. Las sombras vencen a la luz.

En el centro de la escena hay una PERSONA (da igual que sea mujer u hombre, el texto puede adaptarse), está arrodillada en el suelo con la mano extendida como un pedigüeño, va descalza durante toda la representación. Mira pasar a gente delante de él que no le presta atención.

Mira y habla a público.

PERSONA

No, no es tan difícil, es sencillo de comprender. Un amigo, bueno un amigo, un conocido, un... Un amigo me contó una vez cómo se divertía cuando era niño. Verán: cogía a un gato del campo, lo ataba y le hacía un juicio, un juicio rápido, sin argumentos, sin lógica alguna, el juicio de un niño embrutecido. Tras el juicio dictaba sentencia y el gato siempre era declarado culpable. ¿El castigo? La pena de muerte evidentemente, si no no era divertido. Entonces cavaba un hoyo en la tierra, al lado de un hormiguero, metía al gato en este, le enterraba hasta el cuello y ahí lo dejaba, para que se lo comieran vivo las hormigas, si no le mataba antes el sol y el calor. Ingenioso. (Pausa) El niño se quedaba mirando, contemplando el sufrimiento del animal y, cuando se aburría, se iba, sin ningún remordimiento, sin cargo de conciencia alguno. Eso lo hacía un niño, un niño que luego se haría adulto, que se haría ciudadano, que juzgaría, que tomaría decisiones, que criaría hijos, que participaría en esta, nuestra sagrada y perfecta sociedad. (Pausa) Yo soy ese gato, el mundo es ese niño.

La Persona se levanta, coge los elementos y los ordena de tal manera que configura algo parecido a un decorado que nos insinúa un pequeño y cochambroso apartamento.

Escena 2

Su casa.

PERSONA

(Tumbado)

¿Vivo? (Pausa) Vivo, ya que sufro. (Se incorpora. Deprisa) Despierto por la mañana en el camastro inhumano que he aceptado como nido, me sabe la boca a fracaso y a metal, como todos los días desde... (Quiere hacer memoria pero no puede) ¿Siempre? Abro los ojos y todo lo que veo parece

sacado de un sueño, de la más terrorífica pesadilla. Pienso, dormito, pienso, despierto, pienso y ya ni siquiera fantaseo. No tengo ninguna erección, hace meses que no se me pone dura, es imposible, aunque quisiera, aunque me pagaran. (Piensa) Bueno, si me pagaran... (Se levanta) Me levanto con falso ánimo, con el ánimo que te da la depresión cuando se instala en tu vida como un familiar no querido, con el ridículo ánimo de frase de libro de auto-ayuda. Me pongo la ropa, hace frío, no hay calefacción, ni agua caliente, así que me lavo como buenamente puedo, utilizando poca agua, y sin encender la luz porque seguramente sea lo siguiente en abandonarme. Me apetece una Coca-Cola, hace siglos que no me tomo una, tengo derecho a tomarme una, ¿no? Pero no puedo, hasta la Coca-Cola es un lujo, hasta la Coca-Cola ha urdido un complot contra mí. Me hicieron adicto y ahora me la niegan. (Entre dientes) Bastardos. (Pausa. Se mira en un espejo) Hay un monstruo con mi cara en el espejo, pero no soy yo. Un demente me ha robado la cara y se mira en el espejo pero no soy yo. Ahora, vomita sangre y me sonrío. (Continúa. Deprisa) Busco una colilla en el cenicero. Cojo una ya muy usada, mejor, así, con un poco de suerte, me muero rápido, por la concentración de mierda que hay en el filtro. El otro día alguien me preguntó que por qué seguía fumando, yo le respondí que por qué seguía él respirando. (Tose mientras habla) Toso, toso mucho, estoy acatarrado desde que empezó el invierno. ¿Es invierno o ya todo me parece invierno? Me tomo un café que lleva hecho una semana, sabe a mierda pero quiero mi café, me merezco mi café. Sabe a mierda, pero quiero mi mierda. No hay nada para comer, ni pan duro ni una naranja podrida. Por mucho que busco no hay nada, nada, nada. La gente no comprende qué significa "nada" hasta que ven a la "nada" cara a cara. Supongo que con la muerte pasa algo parecido. Ojalá estuviera muerto pero no me puedo permitir ese lujo. Enciendo la tele por distracción, o por acto reflejo, al fin y al cabo siempre ha sido mi mejor amante y mi mejor amiga. De niño creía que Philips era el nombre de Dios. Un programa de mierda, lleno de marionetas grotescas con sobredosis de cocaína. Un circo catódico en máxima definición, con mayor definición que la vida real. ¿Vida real? ¿Sigue siendo real? Lo mismo de siempre, lo mismo, nada nuevo, nada cambia. (Aburrido) Sistema, sistema, sistema... Ansiedad, ansiedad, ansiedad... Torturar animales, patear una pelota y rezar, todo lo que necesita un país. (Frustrado) Tendría que haber nacido sueco, pero no, me condenaron a tragar espinas en el culo de Europa. Apago el televisor. Total, lo más educativo y útil que emiten es el porno. A veces lo veo pero no me toco, sólo lo veo, para recordar lo que era una caricia y el sabor a sudor y sexo, para recordar los buenos tiempo de comida, casa, coche y pareja. Miro la hora, es tarde, despierto a mi hijo que duerme en el mismo camastro tercermundista que yo. (Pausa. Sarcástico. A público) Oh, sí, tengo un hijo. Divertido, ¿eh?. (Despierta a su hijo) Eh, eh, eh... "No quiere ir a la escuela", me dice. Le comprendo, tampoco querría ir. ¿Para qué? Si no le va a servir de nada. ¿Para qué? Si no hay escapatoria. Yo le miento, le digo que es importante que aprenda, que debe ir a la escuela para ser el más inteligente de la jaula, para que, por lo menos, sea consciente de que está en una jaula. Básicamente, para sufrir más que los demás. Le lavo la cara, se queja, "está fría". Le visto, se queja, "está sucia". "Me duele la garganta", dice, "tengo hambre", dice. A veces me enerva, pero no me queda otra que hacer acopio de esa paciencia que centilitro a centilitro me están robando. Toma, anda. Le doy algo de mi café y no le doy ginebra porque no tenemos. ¡Ay, Dickens, qué época tan buena te has perdido! Mi hijo se echa a llorar. No comprendo, a santo de qué. ¿Qué te pasa? "No lo sé", me contesta. "Me ha salido solo". (Se acuclilla delante de su hijo) Eso se llama depresión, le digo con cariño, y vas a vivir con ella toda tu vida. (Le besa la frente. Mira su entorno) Observo la casa que no es mía, tal vez sea la última vez que la vea, nunca se sabe. (Suspira) Salimos a la espesura.

La Persona cambia la escenografía por completo y al recolocarla nos transporta a la calle. Sale de una de las cajas como si surgiera de un pozo.

Escena 3

En la calle (y en el metro). Frío, azul y plomizo frío. Ruido desagradable, estridente. Lleva a su hijo imaginario cogido de la mano.

PERSONA

(Deprisa)

Efectivamente el frío lacera como piedras de sílex. (Observa alrededor) El mundo se ve gris, la gente se ve gris, el cielo gris, la ciudad gris, mi hijo gris, yo gris. Todo gris. Es el color del futuro, del progreso y del bienestar, es el color del dinero y de la fruta fresca. El gris es el color de mi patria. (Camina) Venga, tienes que ir al colegio y yo a la oficina de empleo, las catedrales de mi era. (Se para en seco, la luz cambia por una mucho más cálida) Nos cruzamos con un matrimonio pudiente, vamos, unos hijos de la gran puta. (Como si le hablara otra persona) "¡Prejuicioso!". (Como si le contestara) ¡Ingenuo! (Vuelve a centrarse en la familia) ¿Qué hacen en este barrio? Ellos son de colores y llevan un niño, como yo, pero el suyo es feliz, mucho, muchísimo, demasiado y gordo, lleno de colores. Es obsceno que se muestre tan feliz y gordo. Juega con un juguete nuevo y muestra una enorme sonrisa, una sonrisa de victoria absoluta, una sonrisa que dice "jodeos", "yo mandaba, yo mando, yo mandaré. Llamadme Tiranosaurio Rex". El mío no, mi niño, no sonrío, creo que no le he visto sonreír en mi vida. Diría que está averiado. (Imitando a un burgués) "¡Qué me lo cambien por otro, este niño es muy pobre, me aburre y politiza mi existencia!" (Ríe) "Tengo hambre", dice. Le voy a reventar la cabeza a ese niño de mierda, así mi hijo tendrá algo que comer, pienso. Sesos llenos de proteínas, proteínas privatizadas, pienso. Aguanta, le digo, ahora en la escuela te darán algo, al menos para que no te desmayes, al menos para que no montes el escándalo. Mi hijo asiente obediente, dócil como lo quieren, como le han modelado, como yo lo he modelado a gusto y placer de Papá Dinero y Mamá Capilla. Mi niño: el más inteligente y dócil de la jaula. (Tose mientras habla) Toso, toso mucho, toso hasta que me arde el pecho. Somos monos de experimento, dentro de celdas de de experimento, viviendo el más horrendo de los experimentos. Dios: ese científico loco e hijo de puta. (Acelera el paso) Camino más rápido, ya no sólo por prisa, ya no sólo para entrar en calor, sino para intentar convertir mi entorno en un paisaje borroso, un sfumato gris que apenas tiene matices, sin formas, sin rostros. No quiero estar aquí, no me merezco estar aquí. El niño no puede seguir mi paso, le cojo y lo llevo a caballito. No puedo con él, pesa como un plomo, es como si estuviera hecho de hierro oxidado. Los hijos de los pobres no vienen con un pan debajo del brazo, vienen con un yunque atado a los pies. Se va quedando dormido, posiblemente tenga fiebre y a mí me duele todo el cuerpo. Soy un mecanismo averiado que ya no sirve para nada, un programa sin actualizar y lleno de virus. ¿Quién me iba a querer y para qué? Vivimos en la era de la papelera, todos tenemos una a mano, ya nada se repara, se tira y se sustituye por algo mejor, más nuevo y más barato. (Los sonidos propios de una manifestación) Gritos, pisadas aceleradas, ruido de armaduras, humo, fuego y proyectiles de dragón. A pocos metros hay unos disturbios, caos, terrorismo... Así lo llaman. Como en los buenos tiempos, nos escondemos en un portal oscuro junto a otros anónimos, otros sin-voz, a los que les titilan los ojos de puro terror. Aguantan la respiración y tapan sus bocas. Afuera, unos jóvenes corren. Corren exhaustos, porque no han comido, corren perseguidos por una tropa de simios bien alimentados, adiestrados y euforizados por el polvo blanco que ellos mismos incautan. Corren y piden justicia mientras revientan sus cabezas contra el asfalto. ¡Zas! Justicia inmediata. ¡Zas!

Libertad instantánea. ¡Zas, zas, zas! Desde una tanqueta que escupe agua, una grabación repite hasta el hartazgo: "¡Por el bien de la democracia queda suprimida toda manifestación de democracia!". Un mandril uniformado se lleva a una adolescente. Le han roto su pequeña nariz y seguramente yo sea el último en verla. Me muestra orgullosa su sonrisa ensangrentada, yo esquivo la mirada. (Con rabia) ¡Violadores de ética! ¡Pedófilos de conciencias! (Olvida su rabia y se centra en él mismo, huyendo de la realidad) ¡Para! No, no pienses, no lo hagas, no pienses, no razones, sólo los obtusos, sólo los simples alcanzarán el reino de los cielos. Olvidalo. Mi hijo llega tarde al colegio y yo a la sagrada oficina de empleo. Tenemos hambre y poco tiempo. Olvidalo, olvidalo. Nada de eso va conmigo, me intento convencer. Pero sé que sí, que va más conmigo que con nadie. (Resolutivo) "Tápate la nariz y la boca", (Corre) le digo a mi hijo mientras salimos corriendo del portal abandonando a las figuras temblorosas que conspiran en voz muy baja, tan baja que su conspiración se disipa junto a los gases lacrimógenos. Atajo por un callejón del casco antiguo que los conservadores, paradójicamente, no conservan. (Detiene la carrera) Mi hijo está asustado. "¿Qué han hecho esos niños?" Me pregunta. Nada, cariño, nada. Cuando tú seas mayor, le digo, cuando tú seas mayor, todos se habrán roto la cabeza cayendo por las escaleras de alguna comisaría. (Se cuadra marcial) "Por el bien de la libertad". (Sonríe y continúa su camino) Tranquilo, amor, tu máxima aspiración será no perderte tu programa favorito de televisión y fichar de ocho a ocho. Recuerda, serás el más listo de tu jaula, bueno, dúctil y maleable. Buena arcilla, buen esclavo. Esos niños están locos: piensan. Tú no. Yo tampoco. Si ni siquiera se me pone dura. (Ríe) Nos metemos en el metro. (Baja unas escaleras ficticias) No hay taquillero, no hay trabajadores, no hay nada. Recortes de personal. Es como si el vacío absoluto lo hubiera absorbido todo. Paso a mi hijo por debajo del torno y aparece un guardia de seguridad. Vaya, en esto no recortan. "No puede pasar el niño", dice con la simpatía característica. ¿Cómo que no? Replico. Es menor, él no paga. "Eso era ayer", me dice. "Hoy ya tienen que pagar, (Enfatiza) como todos". Me muerdo los carrillos, la lengua y aprieto los dientes. (Se lleva la mano a la boca) Me duelen, hace mucho que no puedo ir al dentista, creo que se me está pudriendo la boca. En realidad me duele todo, hace siglos que no me dejan ir al médico. Me estoy pudriendo vivo. (Retoma conversación) "Así que ya estás pagando en la maquinita si quieres entrar", escupe arrogante. Le miro con odio, él me mira con más odio aún y agarra la empuñadura de su extensión fálica. Nazi, mascullo muy, muy, muy bajo, siempre bajito, como los que conspiraban en el portal, como las ratas polizontes en un barco. Jamás he tenido valor, soy un cobarde nato, soy un sin-voz, no hay que olvidarlo. (Pausa) Es mi peor excusa. (Sube las escaleras imaginarias) Salgo del metro cagándome en su puta madre, pero por dentro, todo por dentro, en pequeñito, muy zen, muy tántrico. También soy el más listo de mi jaula y sé como crearme doce úlceras estomacales en medio minuto. Caminamos buscando otra estación, al poco la encontramos y nos metemos. (Vuelve a bajar unas escaleras imaginarias) El niño está aburrido, hastiado. Lleva tan poco en esta vida y ya la odia, ya desea irse. También me odiará a mí como yo le odio a veces. (Rabioso) Sin embargo el otro, el niño del juguete, el que había desayunado esta mañana, el gordo, el de colores... (Se contiene) Felicidad tiene nombre de plato caliente. O de una Coca-Cola fría, bien fría. ¡Bien! En estas taquillas tampoco hay nadie. Estoy a punto de colarme cuando aparece el mismo segurata de antes. Este se las sabe todas aunque no sepa ni leer su chapa de identificación. "¿Qué te he dicho, tío mierda?", me grita. Me paraliza, siempre me han dado miedo los enfrentamientos, al menos eso decía mi ex-mujer. Tío, compréndelo, le digo, no tengo dinero y tengo que llevar al niño al colegio. "Pues vete andando", me dice mirándome fríamente a los ojos. (Silencio tenso. Grita) ¡¿Es tuyo?! Le pregunto. No entiende, este sólo entiende a hostias o con ceras de colores. ¡¿Es tuyo el metro?! ¡¿Te pertenece?! ¡¿Te pagan más cuanto más hijo de puta eres?! (Algo asustado de sí mismo) No sé porqué me ha dado por ahí, no lo entiendo. No sé cómo he tenido huevos. Me tiembla todo el cuerpo, creo que voy a morir ahí mismo de pura ansiedad,

pero no caerá esa breva. "¿Qué has dicho?", me dice mordeándose la lengua con esa doblez prodigiosa que sólo consiguen hacer los matones. Que eres un hijo de puta, le repito. Noto como la sangre sube a mi cabeza y me mareo. ¿A ti qué coño te importa si me cuelo, cabrón? El tío alucina, se ha quedado boquiabierto. (Sonríe) Se ha quedado boquiabierto, se ha quedado de una forma que no sabría ni deletrear. "Anda, vete antes de que te dé dos hostias", dice entre dientes. ¡No, no! ¡Dámelas! Le grito. ¡Dámelas! El tío sigue alucinando. "Vete, no querrás que te reviente la puta cara delante del crío". "Crío" es la forma que tienen de decir "hijo", pero crío da más distancia, te animaliza, te deshumaniza, te convierte en un saco al que poder golpear con más facilidad. Sí, claro, ahora te importa el crío. ¡Reviéntame a hostias, venga, mátame! Le grito fuera de mí. Una mezcla de furia y aburrimiento se adivina en sus ojos y, el muy cabrón, sin pensárselo dos veces, saca la porra y me abre la cabeza. (Se lleva las manos a la cabeza. Un pitido fuerte) Ahora soy yo el que no podrá deletrear nada. La pluma no puede con la espada, eso son gilipolleces de burgueses ociosos, juegos de palabras, nada más. La espada corta todas las plumas. Fue, es y será. (Cae de rodillas) Caigo al suelo, el niño llora, el mono sonrío. No sangro pero me duele hasta el alma. Sobre todo me duele el alma. Pienso en una película de Chaplin, en mi mamá y en una lata de Coca-Cola. (Hace como si le arrastraran por el suelo) El segurata me coge del cuello de la camisa y me arrastra con la misma indiferencia con la que yo arrastraría... (Piensa) No sé, yo no arrastraría nada así. Mi cría me sigue con los mocos colgándole de terror. "¡Papá, papá!", no deja de gritar. La verdad es que es un coñazo. (Hace como que le empujan y cae) El mono me tira a la calle y me escupe. Después se va con los andares de John Wayne, siempre odié a John Wayne, siempre odié a los machos porque yo nunca he podido ser uno de ellos. No hay nada peor que anhelar ser algo que no quieres ser sólo porque otros quieren serlo. El segurata se desvanece en la oscuridad de la madriguera en la que trabaja. (Hace una pistola con su mano, apunta y dispara) Un tiro atravesando su nuca y su cuerpo en una fosa en mitad del bosque, es lo único que se me pasa por la cabeza. ¿Seré un monstruo? Claro, soy un ser humano. (Mira a su alrededor) Hay cientos de personas por la calle, nadie me ayuda, nadie me mira, nadie hace nada. "Algo habrá hecho", piensan todos, y los que no lo piensan no quieren mirar porque saben que mañana les tocará a ellos. Curioso, estamos en la época en la que la gente ya sabe pronunciar "solidaridad" sin trabarse pero sigue sin saber qué significa. ¡Cacatúas! Como yo, todos somos cacatúas. (Piensa. Continúa) Me pongo de pie, trato de despejarme, me acerco a mi niño y le acaricio. ¿Has visto? ¿Has visto los huevo que tiene tu padre? (Severo) Tú no lo hagas nunca, ¿eh? Con un poco de suerte, de mayor, tú estarás al otro lado y serás de los que reparte hostias y no de los que las recibe. Embrión de fascista, eso debes ser tú, amor. (Cambia la luz por la que identifica a "La familia feliz") Pasa de nuevo la familia feliz. ¿Qué coño ocurre, son omnipresentes como Dios o qué? (Sarcástico) ¡Claro, estúpido! Ellos son Dios. El niño juega con su juguete, los padres me miran con perplejidad, con una perplejidad llena de colores, eso sí. Mi hijo mira el juguete del niño, el niño le mira con repugnancia, llena de colores, por supuesto. Todos nos miramos con repugnancia y sólo tengo ganas de morir y de matar, de matar y de morir. "Tengo hambre", me dice mi hijo. ¡Calla! Le grito. Yo también tengo hambre y no te estoy dando el coñazo todo el día. Él vuelve a llorar. Le cojo del brazo bruscamente, demasiado bruscamente, y caminamos en silencio, apelmazándonos con la masa grisienta de humanidad calcinada. Todo huele a ceniza, todos respiramos ceniza y esta noche, para cenar, comeremos ceniza. "Por aquí vive la abuela". Sí, le digo de mala gana. "¿Podemos ver a la abuela?" No, la abuela está ahora... (Piensa. No sabe qué decir) Con sus cosas. Muriéndose de hambre, pienso, rescatando animales de la calle, pienso. Muriéndose de hambre, sola, en su casa de mierda, sentada en ese sofá de mierda porque no se puede levantar, porque ya no le queda tuétano de amamantar a tres hijos de puta que la han abandonado. Respirando mierda que quema su corazón cansado. La abuela está con sus cosas, tenemos que llegar al colegio. Camina rápido. "Tengo hambre, sueño, frío". Sí, hijo, sí, yo también.

Camina y calla. Por todas partes, a cada paso, personas irreales, de cartón-pluma, de papel, de cristal líquido, me sonrían mostrando coches, casas, dinero, videoconsolas... Todo aquello que no tendré ni yo, ni mis hijos, ni mis nietos, pero que me gritan al oído que debo tener. Hay algo de malicia en los ojos de esos modelos. "¿Tienes algo?" Me dice un viejo borracho. Me aparto, aparto al niño. (Sonríe) ¡Ja! Aún me creo alguien importante. No, le respondo, no tengo nada. Me da miedo, mucho miedo porque es una espejo roto con piernas y no quiero mirar. "Te sangra la cabeza, macho", me dice. ¡No jodas! "¿Tienes un cigarro?" Te iba a preguntar lo mismo, le digo. Me llevo la mano a la cabeza. "No es nada", dice el viejo con aplomo. "Una pequeña brecha, seguro que ni necesita sutura. Lávatela bien y hazte curas siempre que puedas". ¿Y eso? Le digo. "¿Y eso qué?", contesta. Nada, gracias, bajo la cabeza. "Era enfermero, ¿sabes?" Y muestra un deformado gesto de orgullo. "¿Y tú?" (Piensa. Le cuesta) Arquitecto, contesto, era arquitecto. Me cuesta pronunciar esa palabra. (Silabea) Ar-qui-tec-to. No me acordaba, no recordaba el sonido de esa palabra, no lo recordaba, me sabe como a virutas de lápiz, como a papel de un libro lleno de polvo. No recuerdo ni para qué sirve esa palabra. "Anda, vete a curarte, que no se te infecte. ¡Suerte!". Me grita yéndose. Suerte, murmuro. "Papá, podemos ir a casa de la abuela a que te cure". Silencio como respuesta. No quiero ir, no puedo ir. Me hunde, me mata. Amo y temo a mi madre a partes iguales. Como todos. Miro mi reloj y me doy cuenta de que las manillas van del revés. El tiempo se está comiendo mi tiempo. Una hermosa mujer de papel me sonrío con rictus congelado tras un vidrio. Sujeta un móvil y me sugiere que me cambie a la tarifa plana de su empresa, ¡la más barata! Con lo que cuesta tu tarifa más barata yo como durante dos semanas, ¡basura! Alguien le ha pintado un bigote y una polla enorme al lado de la boca. Me río. No sé porqué, me parece una falta de respeto, pero me río, me río mucho. Mi hijo ríe también. Ambos reímos y la gente nos mira. Ahora sí, ¿no, cabrones? Ahora sí nos miráis, pero cuando me acababan de inflar a hostias... Esto sí os resulta obsceno, alcohólicos de sangre. (Se calma) Vamos a casa de la abuela, a tomar por culo el colegio. El niño salta una par de veces de alegría, luego se marea y para.

La Persona recoloca los elementos para presentarnos el decorado de la casa de la madre.

Escena 4

PERSONA

(Simula que sube unas escaleras)

La finca se desmenuza como el pan duro. Aquí crecí y aquí murió todo lo que fui. Las escaleras crujen peligrosamente. (Se detiene) Una enorme cucaracha, de esas que nunca han existido aquí y que están viniendo de lejos por el cambio climático, de esas, pues se detiene delante de nosotros y me saluda con una de sus patitas. "¿Qué tal?" Me pregunta cortesmente con un seductor y extraño acento. He estado mejor, le respondo. "¿Qué? ¿A ver a tu madre?" Asiento con la cabeza. "Ya era hora, cabronazo, que llevas meses sin saber de ella. Podría estar muerta, tirada en la cocina y devorada por su gato. Pero bueno, tú eres el menos hijo de puta de los tres". Lo siento, le digo ruborizado, es que estoy pasando una muy mala racha y... "No, no, no me vengas con chorradas. Todos lo estamos pasando mal, no es excusa. Anda, sube que encima le hará ilusión verte". (Sigue subiendo escaleras) Mi hijo me mira asustado. "¿Con quién hablabas, papá?" Me pregunta. Con lo más parecido a un padre que he tenido en mi vida. (Se detiene) Llamo a la puerta con cierto temor. Nadie contesta, nadie abre. Mamá, soy yo. Al poco se abre la puerta de un chirrido. Pequeñita y

aparentemente indefensa, se asoma al dintel y me mira con reproche para, al instante, lanzarse a mi cuello y besarme por todas partes. Coge a su nieto. "¡Cariño!" Grita contenta. "¡Mi chiquitín, qué bien que has venido a ver a la abuela!" Antes me hablaba a mí así. Estoy enfermo, tengo celos de mi hijo. Es curioso, no se ha fijado en mi brecha. Entramos (...)